

V. Blasco Ibáñez

La enseñanza católica

(*El Pueblo*, 22-1-1903; *La Campana de Gracia*, 26-9-1903)

Mientras los revolucionarios no nos preocupemos más de la educación de la infancia, la reacción se reirá de nosotros.

¿De qué sirve que prediquemos contra la farsa religiosa y la monárquica, convenciendo a los hombres de nuestra generación, si dejamos mientras tanto libre al cura en medio de la escuela, apoderándose de la niñez, o sea del mañana?

Trabajaremos con tan escaso éxito como Penélope, si no nos ocupamos en educar al niño. Mientras nosotros nos atraemos al hombre en el mitin, en la conferencia, en el periódico, el embaucador religioso forma el niño en la escuela a su imagen y semejanza. ¿Qué importa que convenzamos al padre, si a la misma hora el hijo queda encadenado por el maestro a la superstición católica, convirtiéndose en un autómatas de toda reacción? Su conquista nos ha de proporcionar nuevo trabajo... Es la eterna y abrumadora obra de tejer y destejer.

Hasta en la gran masa enemiga de lo existente, penetra el negro enemigo, por culpa de esta imprevisión, que hace que, atentos por egoísmo al triunfo del presente, olvidemos la obra del porvenir. Se habla de revolución a todas horas en el café, en el casino político, en el mitin, y una gran mayoría de los que se expresan con fogosidad, consienten que a sus mujeres las confiesen los curas y que sus hijos vayan a las escuelas católicas.

¡La instrucción católica!... Es la negación de toda ciencia, el embrutecimiento lento y seguro en nombre de la venerada tradición y de la santa fe de nuestros mayores.

Si España es el último pueblo de Europa, lo debe a que lleva cuatro siglos de enseñanza católica. ¡Ojalá no hubiese tenido ninguna! El salvaje que llega ante el descubridor con el pensamiento limpio de toda idea, es más susceptible de aprender las grandes verdades modernas, que el español a quien le han hincado en el cerebro, como clavos, media docena de historias extravagantes y por nada del mundo accede a abandonarlas, temiendo que esto contribuya a la perdición de su alma.

Debemos recordar, los que hemos tenido la desgracia de ser educados en escuelas católicas, la confusión que produjeron en nosotros los primeros rudimentos científicos, confundidos con las enseñanzas de la llamada Historia Sagrada.

El que de pequeño no ha experimentado turbación y se ha visto desorientado entre tan diversas y antitéticas enseñanzas, será por haber nacido incapaz de comprender el sentido de las palabras. 1

En la escuela católica explica el maestro la doctrina cristiana, y al hablar de la Santísima Trinidad, asegura que tres veces uno hacen uno. ¡Dos palmetazos por impío al que diga lo contrario! Una hora después explica aritmética y enseña que tres veces uno hacen tres. Y el pobre muchacho queda confuso, no sabiendo qué creer, y si no enloquece es porque a tal edad, afortunadamente, se hace más caso de un trompo o una pelota que de todas las logomaquias confusas inventadas por el charlatanismo religioso.

La Biblia, conjunto de leyendas indostánicas y hebreas, descosida compilación de cuentos orientales, buenos para ser recitados en las noches calurosas del desierto, junto a un pozo rodeado de palmeras, causa la mayor confusión en los cerebros juveniles cuando es explicada en unión de los rudimentos de la ciencia.

El pobre niño aprende que el Señor Dios hizo el mundo en seis días, pues antes de esta semana tan aprovechadita, solo existía la nada, y que el tal mundo solo lleva de vida unos seis mil años. Y más adelante, al explicarle la ciencia, le enseñan fósiles, para cuya formación han sido necesarios, cuando menos, cien mil años, y especies animales desaparecidas que demuestran que este globo invirtió un centenar de millones de años en su formación.

Enseñan al alumno en la escuela que las fieras son insociables y viven de devorar al más débil, y a continuación le relatan la historia de Noé con su arca, en la que se embarcaron desde la pulga hasta el elefante, y del hombre a la serpiente boa, todos juntos, arremolinados en el seno oscuro de la extravagante embarcación, sin tener qué comer durante muchas semanas, a pesar de lo cual, ni el hombre se come a la gallina ni el león al hombre.

Demuestra el maestro en su lección de astronomía que el Sol está inmóvil y la Tierra es la que gira alrededor de él: pero a la media hora explica la Historia Sagrada y se presenta Josué parando al astro del día, diciéndole: «Detente un poco en tu marcha, para que acabe de despachurrar con buena luz a los enemigos del Señor».

Se esparcen los descendientes de Noé por el mundo, y como el Dios del catolicismo no conoce otra geografía que la que han descubierto antes los hombres, solo los reparte por Asia, Europa y África. Se descubre cinco mil años después la América, y en las tierras ignoradas salen hombres cobrizos al encuentro de los conquistadores. Recuerdo la confusión que todo esto causaba en mí cuando niño.

—Don Fulano —decía yo al maestro—. Si los indios de América descendían de Adán y Eva, ¿cómo fueron allá en una época en que no existían barcos? Y después del Diluvio ¿cómo el Señor, al repoblar el mundo, dividiéndolo entre los nietos de Noé, ignoraba la existencia de América?...

El maestro torcía el gesto. Aquello no era para ser explicado a un mocoso. Ya vería claro cuando fuese hombre.

Y siéndolo ahora, aún vería turbio si desde hace muchos años no hubiese arrojado lejos toda la basura legendaria e irracional que la educación católica amontona en el pensamiento con grave daño de los conocimientos científicos.

¡Cuánto cuesta limpiarse de esta suciedad de la primera educación! ¡Cuánto mejor no haber recibido ninguna de niño, y comenzar de hombre una instrucción puramente científica, con la inteligencia virgen de prejuicios y escrúpulos!

El odio y la saña con que atacamos al catolicismo aquellos que hemos sido antes educados por él, proviene del recuerdo del mal que nos causó en la niñez; del envilecimiento en que nos tuvo cuando nuestra razón se abrió por vez primera al sol de la verdad como una flor temblorosa.

Anatolio France pinta un rector de seminario que lucha con un alumno rebelde, especie de joven Renán que se encabrita ante los absurdos del dogma, incompatible con la ciencia.

—Triste suerte la nuestra —murmura el viejo sacerdote—. Los martillos más fuertes, que conmueven y agitan el templo, dentro del mismo templo se forjan.

Así es y será. El catolicismo fabrica con sus manos sus peores enemigos, como la antigua esclavitud forjó a Espartaco y a las turbas de emancipados que caían sobre ella con sus espadas vengadoras.

Todos los educados por la escuela católica la conservan rencor por la degradación intelectual que sufrieron de niños, y se indignan recordando las mentiras que les hicieron tragar durante largos años.

Recuerdo yo que pasé algunos años de mi niñez deseando ser demonio y ansiaba ocupar cuanto antes este cargo. Los curas en la escuela nos amenazaban con las penas infernales por la más leve falta. Se iba al infierno por un mal pensamiento, por no saber la lección; y los demonios atormentaban a los condenados con toda clase de horrores. Entre quemar o ser quemado, entre pinchar o ser pinchado, lo primero era preferible: y ya que resultaba forzoso ir al infierno por el más leve descuido en el rezo o las lecciones, lo importante era estar en él lo mejor posible, ocupando una plaza de demonio, o sea de los que pegaban. Y con el deseo de hacer méritos para conseguir el empleo, discurría yo toda clase de pecados, los más enormes que podía forjar mi tierna imaginación, convencido de que las faltas pequeñas eran para los bobos destinados a víctimas y las horrendas para los listos, que llegaríamos a diablos, gozando de la batahola del infierno, más entretenida y grata que las tortas de miel y la canturria gangosa de los serafines en el cielo.

¿Que todo esto es ridículo?... Lo sé: pero demuestra lo que puede producir la educación católica en una imaginación algo precoz, casi a la misma edad en que los muchachos impíos de otros países abandonan a sus familias para correr el mundo y trabajarse un porvenir.

Mientras en España no exista la escuela, verdaderamente escuela, sin catolicismo ni religión alguna y sin otra fe que la de las demostraciones científicas, es inútil esperar esa paz moral, ambiente necesario para el progreso de las naciones.